



Pequeños Gigantes

Desafían los límites, tienen preocupaciones ajenas a su edad y se exigen por demás. ¿Por qué nuestros hijos parecen, cada vez más, adultos en miniatura? Claves para volver a dibujar la infancia y redefinir nuestra autoridad como padres.

La revolución ideológica desatada por el Mayo francés, en 1968, y todos los cambios en el mundo de los años setenta, rozaron –también– la crianza y los vínculos familiares. Los niños de esta era son hijos de generaciones que hace algunas décadas comenzaron a poner en tela de juicio el principio de autoridad y generaron sin querer una simetría cada vez mayor entre los adultos y los chicos. ¿Los resultados? Niños que se sienten grandes, que cuestionan los límites, que temen a la frustración y que se preocupan por temáticas ajenas a su edad. **Claudia Messing, psicóloga, socióloga y presidente de la Sociedad Argentina de Terapia Familiar**, trabaja en esta temática hace más de veinte años. En su último libro, **Cómo sienten y piensan los niños hoy**, resume sus investigaciones y las aborda desde la mente de los más chicos. “*Existe un cambio psíquico estructural desconocido todavía socialmente*– denominado ‘simetría del niño con el adulto’. *Los niños copian masivamente a su padres sin interferencia, copian sus frases, sus modos de pensar,*

sus actitudes, conocimientos, ansiedades, miedos, angustias y también se mimetizan con sus historias no resueltas”, introduce la especialista.

¿No es natural que los niños jueguen a ser grandes?

–Siempre los niños copiaron a sus padres, pero antes este proceso estaba interferido por la distancia que imponían los modelos de crianza patriarcales. Hoy nos encontramos con un niño que tiene muchísimo saber, que capta información de sus padres y del medio ambiente casi sin interferencia y que cree que su criterio es tan válido como el del adulto. Uno de los primeros problemas que presentan estos niños es que se sienten desvalorizados cada vez que los adultos les dicen lo que tienen que hacer, lo cual configura un cambio en el paradigma educativo.

¿Cómo influyen en esta problemática los medios y la tecnología?

–Los factores externos la agudizan. Por ejemplo, el mercado de consumo aprovecha la simetría del niño con el adulto para tomarlo como un consumidor privilegiado, que impone modas, juguetes y otros productos. La velocidad de las nuevas tecnologías potencia su impaciencia, su necesidad de inmediatez y confirma la fantasía de que todo puede lograrse con un clic. Por último, las redes sociales refuerzan su dependencia de la mirada del otro, en desmedro de la internalización de los padres como figuras protectoras que refuercen la seguridad y la autoestima.

¿Es cierto que nos encontramos con niños preocupados por problemáticas que no deberían sentir a su edad?

–El proceso globalizador, las presiones económicas y el bombardeo mediático de la “necesidad de éxito”, son tomados literalmente por el joven simétrico para luego configurar cuadros de estrés, hiperexigencia, parálisis y desmotivación.

¿Es por eso que nuestros hijos no toleran la frustración?

–Exacto. Uno de los grandes hallazgos de esta investigación fue lo presente que está en los chicos la intolerancia al error. No admiten perder en un juego, en el deporte, hacer mal un dibujo. Sacar una mala nota puede convertirse en un drama insuperable. Cualquier equivocación es vivida como un fracaso, como una falla total y esto se extiende a su personalidad cuando son adultos.

Hablando de perfección, dedicás un espacio en tu libro a la excesiva preocupación de los niños por la comida que ingieren...

–La forma en que se alimentan también se mimetiza con la de sus padres. Recogimos múltiples testimonios de chicos de pocos años que, con términos propios de un adulto, afirmaban tomar solo bebidas bajas en calorías y comer poco por miedo de engordar. Esto lo atestiguan la infinidad de casos de trastornos alimenticios a los ocho o nueve años que existen aquí y en el mundo.

También resulta muy interesante el concepto de “trueque” que abordan en tu texto. ¿Por qué nuestros hijos sienten que sus acciones precisan recompensa?

–Valorizan mucho las cosas que hacen por los padres porque consideran que no son parte de sus obligaciones. Si aceptan hacer algo, muchas veces, es a cambio de otra cosa. Por ejemplo: “yo me lavo los dientes, si vos me compras las figuritas; yo hago mi tarea, si me dejás jugar con la play una hora más”, etc. Si los padres entran en este sistema, estarán reforzando la paridad imaginaria de los niños, porque el trueque es un intercambio de iguales y los padres no son iguales a sus hijos.

¿Y cómo debemos proceder?

–Debemos lograr que el niño se sienta valorizado por su colaboración, que sienta el agradecimiento y la alegría de sus padres, que es distinto a brindarle algo material a cambio. En algún momento, no está mal que reciba un premio: un gesto de alegría, salir a festejar con un helado o decirle que estamos muy orgullosos de su comportamiento.

Un nuevo modelo de autoridad

El desafío que tenemos por delante, asegura la licenciada Messing, es contundente y se resume en pocas palabras: que los niños recuperen su lugar de hijos. *“Nuestra responsabilidad como padres al reconocer la simetría es buscar herramientas para construir nuevos modelos de autoridad que les permitan recuperarnos como figuras protectoras”*, asegura.

Suena bien, pero ¿cómo lo logramos?

–Mediante tres condiciones. La primera es la autenticidad y el reconocimiento de nuestras propias limitaciones. El niño simétrico va a colaborar con sus padres si percibe auténticamente que ellos necesitan ser ayudados. Para eso, el adulto debe salir de la omnipotencia y aprender a pedir la colaboración de sus hijos, reconociendo sus propias limitaciones. Lo que sucede, por el contrario, es que el adulto no tolera no poder hacer todo lo que el hijo le está pidiendo y es ahí, precisamente, donde el hijo comienza a presionar.

¿Cuál es la segunda condición?

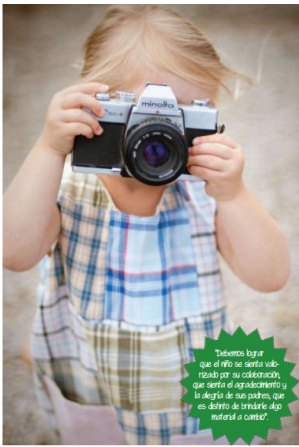
–La firmeza y el respeto. Pedir ayuda no implica dejar de ser adultos firmes en nuestro pedido. Debemos descartar totalmente la posición de víctimas y ser capaces de manejar la comunicación: hablar cuando hay escucha e interrumpir la comunicación cuando empieza la lucha por el poder. La firmeza puede aprenderse y una de las maneras es conectándonos con el amor de nuestros padres. El apoyo y la significación de nuestras propias figuras parentales nos hace mucho más fuertes y menos dependientes de las respuestas inmediatas de los hijos. La última clave es el agradecimiento, la valorización.

¿Cómo la ponemos en práctica?

–Para el niño, lo que recibe en su crianza forma parte de un “todo” con sus padres, en el que no termina de registrar si proviene de adentro, de sí mismo o de afuera. Para poder internalizar a los padres como figuras protectoras, los hijos deben registrar que mamá y papá hacen cosas por ellos y ser capaces de agradecerlas. A los padres les preocupa mucho que sus hijos no cuidan suficientemente lo que tienen: sus juguetes, celulares, prendas de vestir, etc. Lo que no saben es que la forma de lograr esta valoración es a través del agradecimiento. Recuperar la significación y el valor de los padres, la capacidad de agradecimiento, el buen trato y el respeto en la comunicación, constituyen las herramientas más fuertes y poderosas para flexibilizar la simetría y filtrar las presiones del contexto.

Por Daniela Calabró

Foto: [www.pixabay](http://www.pixabay.com) (Lichdinhtb y Pexel)



Pautas más directivas

Cuando el pedido de ayuda, el respeto y el agradecimiento que Claudia Messing propone como nuevo modelo educativo no da los frutos deseados, el consejo es apelar a un mayor nivel de autoridad: *“Si todo esto fracasa, quedamos habilitados a recurrir nuevamente a pautas mucho más directivas, porque el niño las está necesitando. A esto yo lo llamo un modelo de autoridad en dos tiempos: el primero es de inclusión, participación y comunicación auténtica. El segundo es de mucha mayor directividad para apuntalar a un niño que no puede contenerse u organizarse por sí mismo. Hacerlos responsables de sus actos y mostrarles las consecuencias, son herramientas muy positivas”*.

Vocación en jaque

La búsqueda de la perfección que se autoimponen nuestros hijos suele hacer mella en sus elecciones futuras. Así lo explica Claudia Messing: *“Las exigencias de la infancia se transforman en literalidad y rigidez. Los niños y los jóvenes se bloquean, se desmoralizan y abandonan rápidamente sus intereses. Por eso es tan difícil hoy la cuestión vocacional: tienen que elegir una carrera que les garantice el éxito y no pueden fallar ni equivocarse, con lo cual la elección queda revestida de un grado de exigencia paralizante, donde se suprime el placer del descubrimiento y se buscan certezas imposibles de encontrar”*.